

el altar del Hijo de María no tiene necesidad de fausto ni riquezas. Ciertamente: la sencillez es lo que mejor sienta á lo que es grande por sí mismo. Pero, ¿dónde está tampoco esa sencillez? La verdadera sencillez es el arte sublime. Ahora bien: esto no es lo que se encuentra en el primer templo del mundo cristiano. Si un católico, si un filósofo siente cierta emoción en el santuario del Santo Sepulcro, es solo por el íntimo poder de la fe religiosa ó por otra razón superior y á pesar de la influencia de lo que vé.

Al regreso de mi primera visita á esta iglesia escribí algunas notas precipitadas que voy á insertar aquí:

«Calles mas fangosas que los caminos, erizadas de piedras y casi impracticables. Cerca de una antigua puerta del Santo Sepulcro, hay un miserable mercado. Mas lejos, y bajo una bóveda, vendedores de cruces, rosarios y medallas; otros recodos, otra bóveda, un dédalo, infinitas escaleras, pues la iglesia está bajo el nivel de las casas que la rodean; despues una plazuela cuadrada y llena en este momento de hombres y mujeres de la Iglesia Griega, que muestran al público sus mercancías, estendiéndolas por el suelo. Fatigado con todas estas marchas y contramarchas, con el ruido y el tumulto, pregunto por qué no se me ha conducido á la fachada principal, y se me contesta que no hay mas fachada que la que tengo delante. A decir verdad, no es esto feo, pero está muy lejos de lo que uno sueña.

»Empujado aun, oprimido y pisado, llego y puedo salvar el umbral de la puerta, y desde los primeros pasos por el sagrado recinto, una escena estraña me recordaria vivamente, si hubiera podido olvidarlo, que aun en la iglesia estoy en plena Turquía.

»Sobre una especie de estrado cubierto con un tapiz y algunos cogines, hay acurrucados, reclinados ó acostados cinco ó seis turcos que fuman, beben café y juegan al ajedrez: son los guardianes del templo, pero mas bien parecen serlo de un almacén de mercaderías ó de un espectáculo de feria. ¡Desdichado el cristiano que quisiera entrar sin exhibir su billete! ¿Creen algunos cándidos que tienen como cristianos el derecho de entrar en la iglesia de Cristo? Pues cuenta, que hay allí apercebidos buenos palos para romper los huesos á los *perros cristianos* que se dejaron llevar de semejante confianza. Mas dentro entreveo algunos fusiles que brillan sobre los hombros de los turcos.

»El primer objeto que hiere mi vista, á algunos pasos del diván, es una gran piedra cuadrada de mármol rojo, elevada algunos centímetros sobre el nivel del pavimento. Segun me dicen, es la piedra de la unción, es decir, la piedra en que Jesús fue puesto y ungido por José de Arimatea antes de ser depositado en el sepulcro.

—¿Cómo! ¿Había tan bello mármol cerca del Calvario?

—No: esa no es la verdadera piedra de la unción: la piedra en que reposó el divino cuerpo está oculta debajo. Esa es justamente la que yo hubiera querido ver. Si es preciso imaginársela, tan bien está uno en su país como en Jerusalem. No hay necesidad de venir tan lejos para ver un mármol rojo.

Me impaciento por ver el sepulcro de Cristo: esto es lo que mas me interesa.

Un poco á la derecha, me encuentro bajo una gran cúpula, cuyo centro está abierto y se cubre con una tela cuando llueve. Debajo de esta abertura hay un pequeño monumento de mármol, una especie de cuadrilongo, cuya fachada tiene cinco metros y medio de latitud por unos ocho de profundidad, y está adornado de pilastras. Por la parte opuesta á su entrada tiene forma pentágona, y esta parte está dominada por una cúpula abocinada: esto es lo que se llama el Santo Sepulcro. Hace cincuenta años caía en ruinas. Un arquitecto poco conocido construyó un edificio á espensas de los cristianos griegos en 1817. ¿Cómo los griegos no se han de creer aquí mas dueños que los latinos? Parece que estos últimos solo están en posesión de una capilla, de una galería y de algunos derechos por especial privilegio: los griegos ocupan exclusivamente todo lo que nosotros llamaríamos la nave de la iglesia.

Entro, pues. El Santo Sepulcro está dividido en dos partes: la primera, adornada de pilastras, sirve de vestíbulo y se llama la capilla del Angel; en el fondo se abre una puerta baja, estrecha y cimbrada. Esta puerta conduce á una pieza que tiene unos dos metros de longitud por dos á lo mas de latitud.

—Aquí está el sepulcro de Cristo, me dijo mi guía.

—Pero, ¿á dónde está el sepulcro?

—A la derecha.

—No veo mas que un cofre de bello mármol blanco, cuya tableta superior está hendida. Es imposible que sea este el sepulcro de Cristo.

—Sin duda: el verdadero sepulcro no se vé, porque está debajo.

—Aquí no se vé jamás nada.

Despues me han explicado que las piedras consagradas por la tradición habrían sido desde hace mucho tiempo rotas, arrancadas y estraídas por los mismos peregrinos, si no se las hubiera ocultado enteramente. Al principio se practicaron tres agujeros en el mármol del falso sepulcro para poder ver el verdadero; pero algunos cristianos hallaron medios de quebrar y sacar algunos fragmentos, introduciendo largas tenazas de hierro por estos agujeros. Asi es que, salvo la puerta interior del Santo Sepulcro, donde la antigua roca está descubierta, no vé uno á su alrededor mas que mármol.

Despues voy al Calvario, á donde me conducen en dirección de la piedra de la *Unción* y del diván turco. Volvemos la cabeza hácia la puerta de entrada, y el santo monte está á la izquierda. Compónese, ¡cosa estraña! de una planta baja y de un primer piso. Segun la tradición, la roca del Calvario no era, en efecto, de grande altura, pero debía tener una anchura considerable. De ella solo queda la cima, como quiera que han desfigurado ó destruido todo lo demás.

En la planta baja me hicieron visitar dos salas: una la capilla de Adam, otra una pequeña sacristía que termina por un almacén. Escaleras modernas de pocas gradas conducen al piso superior, dividido en dos capillas, de las cuales una pertenece á los griegos y otra á los latinos. En el fondo hay una elevación: es la cima del Gólgota; pero ni aun allí se vé otra cosa que mármol. Un altar cubre el mismo sitio en que se elevara la cruz; únicamente á un metro y medio una parte de la roca al descubierto deja ver una hendidura de unos dos metros, vestigio del terremoto descrito en el Evangelio: «Y hé aquí que el »velo del templo se desgarró en dos de alto á bajo; »la tierra tembló, las rocas se hendieron y se abrieron »los sepulcros.»

Despues he visitado el resto de la iglesia; pero rápidamente. Durante las ceremonias de Semana Santa tendré mas tiempo de estudiarlo.

III.

Las ceremonias.—Vísperas del Domingo de Ramos.

Hoy, víspera del Domingo de Ramos, las comuniones cristianas, divididas por falanges, con sus patriarcas á la cabeza, hacen su solemne entrada en la iglesia del Santo Sepulcro. Llámase esta ceremonia *La toma de posesion de los Santos Lugares*.

Segun una antigua costumbre, que respetan con harta estrañeza nuestra los cismáticos, el pequeño cortejo de los latinos es el que abre la marcha.

Selen del patriarcado. El patriarca italiano, el cónsul de Francia y su canciller, el reverendísimo superior de los franciscanos y los peregrinos atraviesan las calles, precedidos de tres guardias turcas ó *haras*.

Al entrar en la iglesia, los peregrinos besan la piedra de *Unción*.

El patriarca se dirige entonces hácia el monumento del Santo Sepulcro, penetra solo en el interior, y ora.

Despues se le sigue á la capilla de la Resurrección, donde da á besar su anillo á los peregrinos.

Esto no es mas que un modesto prefacio de la gran solemnidad.

Un gran estrépito llega á nosotros: los soldados turcos, formados en fila, descansan sobre las armas.

Apresurámonos á subir á una de las galerías superiores, refugio necesario y que felizmente nos pertenece. Hé aquí la muchedumbre de los griegos.

El patriarca griego es un viejecito de aspecto venerable: está vestido ricamente; bendice con una mano en que tiene una brillante cruz de diamantes y en la otra lleva otra cruz dorada con doble anillo. Los sacerdotes ó papas que marchan delante de él van cubiertos con tocas negras, visten capas rojas, doradas ó blancas, y ofrecen á la adoración de los fieles magníficos evangelios forrados de terciopelo ó de oro.

El ruido confuso de las campanas á vuelo, y los secos golpes de los martillos sobre barrotes de madera, se mezclan con los cantos del clero griego, cantos tristes, lastimeros como lamentos, y los gritos de los muchachos. El incienso vela como una nube el Santo Sepulcro. Pero hé aquí algunas banderas donde se destacan sobre oro y seda las imágenes de los santos. Detrás de ellas va un anciano con capucha negra y capa pluvial de oro: es el patriarca armenio en medio de cuatro porta-antorchas y diáconos que llevan en una mano un incensario y en otra una pequeña capilla gótica de relieve.

En seguida van los coptos ó cristianos de Egipto con vestiduras blancas, los cuales han construido un miserable altar contra la pared exterior del Santo Sepulcro, opuesta á la puerta de entrada. Entre ellos me muestran á los cristianos de la Nubia, con capas blancas, y á los negros cristianos de la Abisinia con tres turbantes: estos no se distinguen solo por sus trajes, sino tambien por sus cantos de rara melodía, que acompañan con el estridente ruido de sus címbalos de cobre.

Todo este espectáculo me parece casi increíble. ¡Cuánto dista todo esto de nuestra liturgia, tan tranquila, mesurada y digna! No sé á dónde mirar. A mi vista todo se remueve y confunde: mis oídos atronados no perciben ya mas que un rumor confuso. ¿Es esto el Santo Sepulcro ó la torre de Babel?

Desciendo, y me escapo, hendiendo la muchedumbre, y me creo muy feliz cuando llego á respirar el aire libre de las callejas y mercados.

El Domingo de Ramos.

Las ceremonias del Domingo de Ramos ó día de las palmas estaban en otro tiempo precedidas de una especie de prólogo escénico.

Los religiosos latinos iban muy temprano á Bethpagé, aldea á donde Jesucristo solía ir á pernoctar con sus discípulos. El reverendísimo superior iba montado en un asno cubierto con un rico tapiz; dos católicos notables de Jerusalem llevaban las bridas, y los religiosos con el pueblo marchaban á la cabeza cantando. El camino estaba sembrado de ramos y flo-

res. La multitud se apiñaba á la puerta de Jerusalem, y los latinos entonaban el *Hosanna*.

Posteriormente se ha suprimido esta procesion.

Los latinos han oido misa hoy al amanecer, á fin de dejar el sitio libre á los griegos. Debajo de la cúpula, y ante el Santo Sepulcro, se habia levantado un altar muy exornado y alumbrado espléndidamente, y cerca de él un estrado con su dosel para el patriarca latino. Sobre el mármol del Santo Sepulcro habia una multitud de palmas, que bendijo el patriarca despues de haber entrado en la fúnebre cámara. Luego llevaron fuera estas palmas, que, segun dicen, vienen del país de Gaza. Algunas de ellas, las de los dignatarios eclesiásticos y legos, están decoradas con flores y una triple corona. El patriarca, sentado bajo el dosel, las distribuyó á los latinos, que sucesivamente se inclinaban ante él, mientras que éste les recordaba en sus preces la rama de olivo que la paloma trajo al arca de Noé. Despues se hizo una procesion, llevando las palmas alrededor del sepulcro y hasta á la piedra de la uncion. Desde allí fueron á misa á la capilla de Maria Magdalena.

Preciso fue precipitar esta marcha: las oleadas de los cismáticos rodaban hasta nosotros con una impetuosidad casi espantosa. Encendiéronse mil luces bajo la cúpula, en la parte de la iglesia que forma la nave donde solamente los griegos tienen el derecho de reunirse. Cerca del altar hay una columnita rodeada de un círculo de mármol blanco. Esto es, segun dicen los griegos, el centro de la tierra, el *ombligo*. Todo el edificio se pobló, como la víspera, de cantos y ruido.

Felicítanse este año de que el órden no se haya turbado durante la distribucion de las palmas: Al parecer, el órden es aquí cosa rara. En 1831, por ejemplo, unos cristianos ortodoxos, sobre todo betlemitas, temiendo no alcanzar palmas, se precipitaron hácia la puerta del Santo Sepulcro; los musulmanes se mezclaron en la confusion con el mismo objeto de tomar parte en la distribucion, y tuvo lugar un escandaloso tumulto. El celebrante tuvo que refugiarse en el sepulcro, encerrándose en él. Los turcos, guardianes del templo, acudieron con sus palos y látigos, y descargaron una lluvia de zurriagazos sobre todo el pueblo. Pero si el domingo pudo evitarse el escándalo, no me privaron de él los dias siguientes en el átrio y en la puerta del templo.

Jamás he visto dar tantos palos como la Semana Santa en Jerusalem; bien entendido que siempre son los cristianos quienes los reciben y los musulmanes quienes los dan.

Miércoles Santo.

Desde el domingo al martes no pasa nada de nota-

ble en el interior del Santo Sepulcro. Solamente van á orar los peregrinos á las estaciones de la Vía Dolorosa.

El Miércoles Santo van muy temprano al monte Sion. Un santón musulman guarda la sala donde el Espíritu Santo descendió sobre los Apóstoles, y donde, segun la tradicion, habia depositado David el Arca de la Alianza.

Luego visitan el valle de Josafat, el huerto de las Olivas, la gruta de la Agonía, la roca en que durmieron los discípulos, el sitio en que Judas abrazó y entregó á su Divino maestro.

Vuelven luego á la ciudad para asistir á las tres de la tarde al oficio de las Tinieblas en la iglesia del Santo Sepulcro. Los religiosos, sentados delante de unos atriles colocados junto á la puerta del Sepulcro, cantan con triste acento los sagrados salmos de David y Jeremías. Sucede luego una oracion en voz baja, y despues, con gran admiracion mia, los religiosos arman un gran estrépito, golpeando en sus libros, bancos y atriles. Al instante los muchachos católicos, que esperaban impacientes esta señal, agitaron ruidosamente sus castañetas, haciendo tal estruendo, que los guardias turcos irritados acudieron y los lanzaron del templo brutalmente. La infantil tropa se trasladó entonces al arrabal cristiano, donde repitió su alboroto á la puerta de los católicos ricos.

Jueves Santo.

El Jueves Santo es un día privilegiado para los cristianos sometidos á la autoridad de la Santa Silla, los cuales conservan el derecho de usar exclusivamente la iglesia del Santo Sepulcro desde la mañana del jueves hasta el viernes al medio dia. Los cismáticos no paran su atencion en este privilegio:

Al llegar al átrio, vimos un altar levantado por los griegos en una plataforma. Como que les está prohibido entrar en la iglesia, tienen que oficiar afuera.

No eran aun las ocho de la mañana, y ya la multitud de cristianos griegos, armenios, maronitas, coptos, etc., era inmensa. Las calles inmediatas, las azoteas de las casas y de los conventos, estaban cuajadas de gente que oraba piadosamente. La piedad tranquila de esta gran muchedumbre causa una fuerte impresion en el alma.

Gracias á nuestros kavas, atravesamos el gentío y entramos en la iglesia. ¡Qué contraste con las escenas de los dias anteriores! Todo es ahora soledad y silencio. Tan pocos estamos dentro, que el templo me parece grande y magestuoso. Nos agrupamos delante del altar levantado hácia la fachada del Santo Sepulcro y el estrado ó trono del patriarca. Algunas señoras y mujeres árabes asisten á la misa, que no se celebra con la precipitacion ordinaria. En seguida viene la comunión.



El atrio y fachada de la iglesia del Santo Sepulcro en Jerusalem.